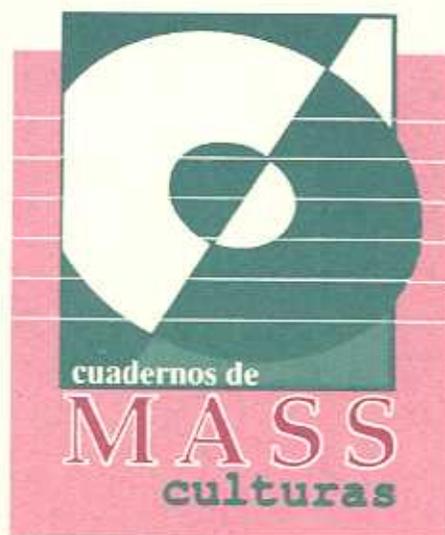


Depto. de Ciencias del Hombre



Comunicación Ecológica

José Antonio Alvear

COMUNICACION ECOLOGICA

“...escucha el corazón,
ese es el cable a Tierra.”

Fito Páez.

CAPITULO 1. Por una definición integral de la comunicación.

¿Qué es Comunicación? Lo que es, o lo que se dice que es...

Entre la realidad y la capacidad del hombre por conocerla, hay más de un camino para hacer contacto. Uno de ellos -a veces pareciera de los más incipientes- es la ciencia(1). Mientras arriban tiempos más favorables para conocer sistemáticamente, los hombres nos seguiremos valiendo de los métodos científicos para acercarnos a los fenómenos de la naturaleza y a nosotros mismos de una manera metódica, como un fenómeno más que se mueve, que vive, que comunica.

Sugiere Aristóteles que para hacer ciencia es indispensable partir con definiciones, eh aquí la primera dificultad para iniciar. Resulta que la definición sobre la comunicación tiene muchas caras y esta plurifisonomía, se deriva del cada vez mayor número de personas que se dedican a contemplarla. Una de las versiones "oficiales" sobre el particular, es:

Comunicación: "Acción y efecto de comunicar o comunicarse. Transmisión de un mensaje entre un emisor y un receptor mediante un código común. En el siglo XX se desarrolla lo que se denomina comunicación de masas, un tipo de relación humana que depende de la utilización de medios técnicos: prensa, radio, cine, televisión, discos, cassettes, audiovisuales, etc., que permiten difundir información, cultura, ideologías, formas de vida, de forma múltiple, tan masiva que las relaciones humanas y sociales, al menos en los países desarrollados, están signadas

por las mismas, profundamente influenciadas hasta en los aspectos cotidianos más mínimos. En sentido amplio, cualquier tipo de comunicación humana que, desbordando la esfera propia de la intersubjetividad de los sujetos comunicantes, se inscribe en un marco social preciso que condiciona directamente el acto de comunicación. En sentido más restringido, expresión que emplean algunos autores como sinónimo de la comunicación de masas. Lo propio y más específico de la comunicación de masas es la difusión de mensajes o informaciones vertical, de arriba abajo, unidireccional y unilateral, desde un emisor activo y determinante a una gran masa de población que actúa como receptor pasivo. Según Umberto Eco hay comunicación de masa "cuando el emisor es sólo uno y central, el canal a través del cual pasa su mensaje en un canal tecnológico de gran complejidad y el receptor es una masa extremadamente diferenciada por la lengua, la cultura y la categoría social corresponde a los medios masivos, afirmando que "la tecnología electrónica creó las masas". (CLAUDIN: 1986, 47)

En la anterior definición se preponderan dos niveles claros de comunicación. En primer lugar, la comunicación en sentido "amplio" la cual se identifica con el fenómeno de transmitir mensajes de un lado a otro y que se entienden por medio de un código común. Por otra parte, se especifica la comunicación masiva como un fenómeno decisivo de la actualidad para la vida social en todos sus aspectos.

En ambos casos nos parece insuficiente el concepto. Ciertamente es que un código común es el que da viabilidad a la comunicación, y cierto es también que la comunicación masiva ha hecho girar al mundo a velocidades antes no conocidas, pero a nuestro parecer, es precisamente en la palabra común, en donde se encuentra lo medular de la comunicación. Este intento de regresar a los orígenes semánticos de lo comunicativo, tiene como finalidad el rescatar la vivencia comunitaria del fenómeno. Siendo que si se trata de eventos grupales y de intercambio, es imperativa la necesidad de rescatar la importancia de poner los bienes disponibles al servicio de quien los requiere. En todo caso, nos convence más Paoli al determinar a la comunicación como una significación común entre los comunicantes (Paoli:1983), pero más allá todavía, nuestra propuesta quiere abarcar todos aquellos bienes que el hombre utiliza para su convivencia.

Comunidad, el lugar de la comunicación.

Se pretenden así, preponderar un elemento fundamental: la comunidad como "lugar" en donde sólo ahí se gesta la comunicación, y los bienes como materia fundamental para el intercambio. Le hemos llamada aquí lugar, y quiere tener esto un sentido extenso. Desde luego que no se limita esta concepción a un mero espacio, sino que pretende abarcar sobre todo a quienes lo ocupan y el carácter que ellos dan a ese sitio. Es común que actualmente se aborde el tema de las comunidades como un problema demográfico y meramente cuantitativo, máxime en los textos ecológicos en donde el obstáculo a vencer es la capacidad de administrar espacio. Pero no es ese el punto de nuestro interés por ahora; queremos abordar a la comunidad como un conglomerado de individuos que antes de ser una masa amorfa, se distinguen con claridad unos de los otros, y quienes en su particularidad, y en esa diversidad, son capaces de crear unión y diferencia a un tiempo.

Esta serie de personas son poseedoras todas y cada una de la misma dignidad, la cual les garantiza, por lo menos en principio, los mismos Derechos Humanos. La inclusión de este tema tan socorrido en nuestros tiempos es, desde nuestra perspectiva, fundamental para entender a la comunidad como poseedora y asimismo auspiciadora del cuidado de tales derechos. Si así se le quiere ver, lo anterior da pauta para entender que la comunidad como lugar en donde la comunicación habita, debe ser un espacio de construcción individual y grupal. No hablamos pues en términos de comunicación masiva, sino de comunicación social; la primera despersonaliza, la segunda personifica.

Lo intercambiable en la comunicación

Es a partir de la concepción que se maneje de hombre, como se entenderán también las cosas de las que este se vale para subsistir. La necesidad del hombre por entenderse como género lo ha llevado en cualquier época de la historia, a formular estilos de vida y de convivencia. Son claros ejemplos de ello, aquellas épocas en las que se totalitariza una directriz filosófica y antropológica que gobierna y dispone la situación social e individual de las

personas. En la antigua Grecia -aquella madre de la cultura que siempre va y regresa-, las categorías de los individuos con respecto a su jerarquía y por tanto a su status como individuos no era la misma para todos. Caso muy cercano al que en la antigua e imperialista Roma se tenía con respecto a los ciudadanos y el resto de los individuos. Más próximo todavía, es el caso de los tiempos en los que las discusiones renacentistas debatían en la coyuntura del descubrimiento y la conquista de "Las Indias", acerca de que si sus pobladores nativos eran poseedores de un alma o no.

Así pues, la suerte de muchos hombres ha dependido de la forma en cómo los poderosos llegan a entenderlos. Queremos creer que en el tiempo que ahora nos observa, tiende a concebir a todos los hombres como poseedores de la misma dignidad como seres humanos. Antropológicamente, la filosofía que nos inspira para nuestra propuesta es un humanismo tendiente a contemplar a la persona humana como un ser integral que no puede desmembrarse ni mutilarse. La construcción del individuo debe ser en todo caso, uniforme y dinámica entre las partes. En la medida en que se le observe como un ser parcializado, en la misma medida su calidad de vida se verá obscurecida en algún renglón de su totalidad.

La situación actual de las ciencias sociales, se ha dicho ya por muchos medios y por muchas bocas, pide una sistematización de la interdisciplinariedad. Si es esto un consenso generalizado, el principio de tal método debiera iniciar por un entendimiento igualmente integral del hombre. La comunicación desde luego, no debe excluirse de tal esfuerzo. La comunicación del hombre ocupa de hecho todos los ámbitos posibles de su vida, la ciencia que le estudia, no puede quedarse atrás.

Partiendo de este fundamento integralista, retomamos nuestra intención de replantear puntos importantes sobre la definición de la comunicación. Ya se mencionó arriba que la comunidad es una categoría rescatable sobre el tema, pero lo son también los elementos que están en juego en el intercambio comunicativo. Hemos llamado "bienes" a aquellos valores que

dando subsistencia a la persona como a la sociedad, van y vienen en el proceso de hacer común un mutuo bienestar. Ahora bien, si la subsistencia humana es producto de la interacción de los semejantes, y de aquellos seres que sin mayores condiciones, se entregan y dan sus frutos para la vida y su continuidad. A nadie le cabe la menor duda de que la vida solamente es posible a partir del mutuo aprovechamiento de recursos. ¿En donde quedaría el hombre sin el aire, sin la energía o el alimento mismo?. No es posible hablar de subsistencia sin una comunicación integradora en donde quepa el mundo en su totalidad, esto es, todo aquello cuanto existe y por ello constituye ontológicamente un bien. Nos remitimos por tanto a la definición de bien para comprender mejor y más claramente esta categoría.

...Atendiendo al contenido objetivo, se dividen los valores o bienes en puramente materiales, biológicos (p. ej. la salud), psíquicos (p. ej. el placer) y espirituales (intelectuales, estéticos, morales)... no ha de confundirse esta división con la división formal de bien en valor en sí y valor útil (bonum utile). El valor útil, en cuanto es valor extraño, se limita a llevarnos a otro bien, por ejemplo, la medicina a la salud. El valor en sí, considerado en sentido amplio, es o bien valor en sí en sentido estricto, valor de perfeccionamiento (bonum honestum, bonum per se) o bien valor de satisfacción o placer (lo agradable, bonum delectabile), es decir, el valor de reacción, que por naturaleza va unido a la consecución del valor en sí propiamente dicho y subordinado a él (por ejemplo, la alegría por la verdad descubierta, la tranquilidad de la buena conciencia). Por consiguiente, el bien honesto de esta división no se ha de equiparar al bien moral; puede tratarse también de un bien físico (bonum physicum), por ejemplo el vigor corporal... (BRUGGOR: 1878, 74)

Como se ve, el concepto de bien está primeramente entendido a partir de la naturaleza que posee. Ante tal clasificación, podría concluirse que ontológicamente todo cuanto existe es un bien en sí mismo. Desde aquello tan aparentemente insignificante como algunas cosas materiales que pasan desapercibidas por nuestra atención, o como aquellas que por su peso en la vida anímica y psicológica, atendemos como bienes de muy alto aprecio.

Paralelamente con el concepto de bien, aparece como sustancia de lo mismo el elemento del valor, lo cual le confiere

precisamente una cualidad al primero; además de la naturaleza que el bien tenga, el valor permanece como elemento decisivo para entenderlo. Esto es mucho más notorio cuando contextualizamos estos bienes en un tiempo y un espacio determinados, es decir, cuando los inmiscuimos en la cultura. Es la conciencia y la utilidad que el hombre le confiere a las cosas y a la información misma, lo que va configurando la palabra valor. Es por tanto, que la comunicación, un sistema de subsistencia que invariablemente debe presentarse en beneficio de la vida misma y de su calidad, maneja, bienes cambiantes con el tiempo. En otros términos, la comunicación es inmutable como sistema, pero en su interior, la vida se muestra en movimiento de significación y de transformación.

Dos niveles de bienes en la naturaleza.

¿En dónde está lo llamativo de la definición mencionada con respecto al proceso comunicativo?. Para nosotros se encuentra en la doble naturaleza del bien, esto es: lo intangible y lo material. En ambos niveles, es clara la definición ya dada, cuando hace referencia a la utilidad de los mismos.

Determinamos a los bienes intangibles, como aquellos identificados con la información en sí misma o como todos aquellos bienes indispensables para mover al espíritu: la intención de llegar al destino; la carga de significado que pudiera tener una mirada de la madre a su hija; el silencio que sintetiza la conclusión de un cavilar profundo; la carga emotiva que se desprende de las letras de Neruda. Atendiendo a su naturaleza, podemos determinar que tales bienes son de carácter participativo. Desde que Platón se atrevió a plasmar sus maravillosos sueños y su forma de entenderlos, este concepto sobre la participación se fue acuñando. Tal parecía, según el filósofo idealista, que lo invisible era más contundente de lo que se pensaba. Aquella caverna de sombras, era la guarida del reflejo de las cosas, de los hombres y los dioses; aquí, en nuestro mundo, a manera de pared, se proyectaban las sombras y vivíamos de lo que en otro lugar sí era tangible. La participación

pues, es la capacidad de dar algo invisible: los significados son invisibles, lo es el odio y su contrario, la amistad o el rencor, la consigna y la información causal. En Platón, la participación de esas esencias intangibles se identifican con la realidad y la veracidad del ser. En las cosas invisibles podemos hallar lo más nítido, y al conocer la verdad, esta ciega y conduce a otros mundos no evidentes. Dice Platón a su interlocutor:

Antes bien -dije-, toda persona razonable debe recordar que son dos las maneras y dos las causas por las cuales se ofuscan los ojos: al pasar de la luz a las tinieblas y al pasar de las tinieblas a la luz. Y una vez haya pasado que también le ocurre lo mismo al alma". (PLATÓN: 1987, 240)

Complementario al bien intangible lo es el material. Este texto de hecho lo es. Su configuración le da tal carácter, así como su limitación temporal y espacial. Los bienes materiales están contados -ojalá tuviera yo más tinta que la que yace en el tintero-, pero no es así. El bien material es más franco: existe o no, se da o no, cuando cualquiera de las dos cosas suceden, es evidente. A través de él, por otro lado, se "reparte" el significado, ese es su mérito. En el mundo de las ideas platónicas, era indispensable un cuerpo para proyectar su silueta en las paredes de la caverna. En otras palabras, no puede haber significado comunicable, en tanto que no haya para su canalización, un medio que le preste cuerpo.

De tal suerte, que los bienes tangibles tienen una doble utilidad; ser portadores de un significado intangible, y ser un bien de utilidad en sí mismos. Pienso por ejemplo en el alimento, el cual posee los nutrientes necesarios que proporcionan energía vital, pero estaremos de acuerdo en que hay muchas formas significativas de disfrutar la comida. Ambas cosas alimentan o intoxican. Así como lo propio de los bienes intangibles era la participación, la compartición lo es a los bienes materiales. Cuando propicio alimento a mis amigos, les comparto un bien de subsistencia; al tiempo, les participo mi mensaje de concordia.

Una vez entendida la doble naturaleza de los bienes comunicables, cabe insistir que en la práctica, su dinámica se interrelaciona y fomenta mutuamente de tal manera que la convivencia que de ello resulta, se entenderá como una categoría

distinta. Más ejemplos. Si te ofrezco un poco de vino (de esos memorable y caros), inicia un compartir de bienes tangibles y disfrutables por los sentidos. Y si en ese momento -puesto que el compartir se circunscribe a un tiempo y espacio determinados-, soy capaz de hacer entender un mensaje de donación, participo también el espíritu y la información suficientes como para hacer de ese momento, un proceso dinámico de interrelación. Cada sorbo de vino será una muestra de fraternidad y de placer gustativo. La comunidad en ese momento se dinamiza y crece. La comunidad en ese momento departe. En este sentido, la departición es la capacidad de hacer de la comunicación una realidad progresivamente dialéctica. ¿Progresivo hacia adonde?, ese no es asunto mío, sino de cada comunidad y las consecuencias de su comunicación. Ecológicamente, la comunidad se va configurando y equilibrando, pero nunca se sabe a ciencia cierta cuál será su próximo rostro.

Sería interesante para un estudio posterior, determinar más puntualmente los grados y la forma de evaluar la departición de una comunidad determinada. Es claro por ejemplo, que no es lo mismo departir directamente, a hacerlo por fax. Más allá de las condiciones en las que se desarrolle físicamente la departición, existen también niveles de contenidos capaces de cambiar el juicio de valor entre un fenómeno de departición y otro; tal contenido podría ser la capacidad de donación con la cual se ofrecen los bienes comunicados. Y en fin, la forma de departir, su finalidad o sus contenidos, son interesantes temas a analizar con detalle. Quizás nos encontráramos con fundamentos epistemológicos y filosóficos del “para qué” de la comunicación.

Tanto los bienes materiales como los que no los son, fomentan en la comunidad una mejor calidad de vida en tanto que coincidan con los valores y requerimientos que esa comunidad pida. Y es precisamente en la comunidad en donde los bienes en general se administran, además de ser el lugar propio en donde se crean los sistemas más adecuados para intercambiarlos. En la medida en la

que estos bienes tienen un adecuado flujo a quienes realmente los necesitan, la armonía y el bienestar están garantizados. Una vez más estamos hablando de los dos niveles del bien: un salario justo y oportunamente entregado es tan importante como un ambiente de trabajo en donde reine la concordia, la solidaridad, la creatividad. Sin los bienes materiales mencionados, los otros carecen de sustento y viceversa. El flujo adecuado de todos los bienes en sus diferentes naturalezas y en su aportación integral al bienestar del individuo, sería una realidad comunicativa bien desarrollada.

La Naturaleza como bien comunicable.

La postura en la que la comunicación se entiende únicamente como el intercambio de meros datos informativos y su relación con los medios, sería desde este punto de vista, parcial. Si es la comunicación un proceso de intercambio de bienes para recrear y mejorar la calidad de vida de los individuos, no puede excluirse - en congruencia con nuestra línea integralista-, la exclusión de los bienes materiales. El proceso de la comunicación se entiende así, como un fenómeno en donde una comunidad se dinamiza en el intercambio de cualquier tipo de bien. La Naturaleza, como agente activo en la vida de la comunidad, y como punto central en este trabajo, exige una ubicación conceptual dentro de esta dinámica, siendo por demás obvio que al referirnos a lo material, hacemos clara alusión a la Naturaleza y sus innumerables transformaciones.

Sin embargo, pensar que la Naturaleza proporciona únicamente bienes materiales se antoja inconcluso. Desde las civilizaciones más antiguas, la comunicación con la Naturaleza y el cosmos en general, sobrepasa los linderos de lo tangible y se le adjudican facultades espirituales. Es precisamente a partir de las manifestaciones de esta Naturaleza como el hombre induce realidades metafísicas. En otro campo pero con el mismo sentido, algunas corrientes de medicina, tanto antiguas como modernas, basan su sistema de salubridad en una relación intrínseca con lo natural, no solamente por sus posibilidades biológicas de curación, sino también por sospechar que ese encuentro propicia nuevas actitudes positivas,

estados de ánimo, etc. La salud es un buen ejemplo de que la comunicación Hombre-Naturaleza, es profundamente enriquecedora más allá de los ámbitos fisiológicos.

Así, encontramos que son tres elementos fundamentales que engloban todo lo anterior: El hombre como individuo, la sociedad como agrupación de estos, y el cosmos como lugar en donde se mueven y se "hace el mundo". Es precisamente en esta especificación en donde se determina que algo esté vivo; ya en alguna otra ocasión, Tomas de Aquino menciona que es el movimiento lo que especifica a la vida. En estos tres elementos ya mencionados, en tanto que haya una interacción y un movimiento que los complemente, en tanto que haya un dinamismo y un intercambio que los haga subsistir, entonces podremos hablar de una comunicación dinámica y vital.

Estabilidad, pilar de la Comunicación Ecológica.

Al decir de lo intrínseco de la ecología, no es posible excluir al fenómeno del equilibrio entre los actantes de la fenomenología cósmica. Este equilibrio estudiado tradicionalmente como ecosistema, al involucrarlo con los fenómenos de comunicación, lo llamaremos: estabilidad.

Dicha categoría, es un proceso de inserción del hombre en los sistemas ecológicos globales y quienes participan en ello: el individuo, la sociedad, la naturaleza. Al referirnos a la fenomenología de Heidegger más adelante, encontraremos esta clasificación de protagonistas como: la tierra, el cielo, los divinos y los mortales. No importa ahora esta diferencia sutil; es importante sí, encontrarlos comunicando y comunicándose como "fuerzas" y "pesos" de influencia mutua. Resulta interesante que importantes pensadores contemporáneos, retomen la naturaleza de estas fuerzas a manera de energías (GALINDO: 1995); de esta forma, puede entenderse la dialéctica entre todas, como un continuo influir que entre otras cosas, transforma su propia

identidad y la del entorno. Las energías todas, pues, se mueven. En su acomodo vital, encontramos que ningún sistema ecológico es idéntico al anterior sino que antes, se trata de un paso propiciado por el fenómeno anterior, pero de facto, distinto. Algunos pudieran entenderlo en términos de desdoblamiento, otros de evolución, algunos más colorados, como revolución, en fin, independientemente de que haya un "motor inmóvil", o de que vayamos hacia adelante o hacia atrás, se trata de un acomodo u ordenación dinámica que equilibra o mejor, estabiliza las fuerzas energéticas y sus funciones, y en donde el hombre es uno más de los involucrados.

Es materia de un estudio más puntual sobre el tema, el señalar con claridad epistemológica qué se entiende por orden. Bien pudiera identificarse el término en tanto que subsistencia, perfección, evolución, progreso o hasta justicia. Pero hasta donde he podido reflexionar, opto ahora solamente por: estabilidad. Más que su esencia, identifico a la estabilidad por sus síntomas. Y de ellos, el más contundente me sigue pareciendo el movimiento mismo. La estabilidad en este sentido, no puede identificarse con la pasividad o con lo inerte.

A propósito del caso, Thomas Berry hace referencia clara y metafórica de la estabilidad diciendo: "como un hombre que va caminando, tenemos que mantenernos en un estado de equilibrio-desequilibrio" (ORTOLANI: 1994, 82). Atendiendo al planteamiento de Berry, esta forma de entender un equilibrio ecológico, no solamente es necesario para concebir que la realidad es un continuo devenir, sino que en términos terapéuticos, el entender la estabilidad de dicha forma permite una adhesión adecuada al movimiento global. En tanto que el conocimiento científico y la conciencia de sentido común colaboren con metodologías concretas y útiles al respecto, no solamente se abre una nueva puerta hacia el camino de la interdisciplinariedad, sino que, ante todo, la fenomenología de la naturaleza es un fluir armonioso y un acomodo adecuado hacia ese orden esperado. La cultura del antropocentrismo exagerado, opina Berry, ha obstaculizado la dinámica de entendimiento sobre los ritmos de estabilidad. Esto es explicable en tanto que funcionamos en dinámicas excluyentes, llámense: explotación exacerbada de la naturaleza, culto a la

tecnología, filosofías de dominio; y en términos sociales: sistemas verticales de información, totalitarismos, hegemonías sociales, y todos aquellos estigmas que se propician como secuelas del antropocentrismo. La apuesta de Berry, es iniciar una era geocéntrica.

En fin, que la estabilidad es ritmo, guía y una de las metas de la comunicación ecológica.

En Resumen:

Podríamos distinguir tres categorías distintas pero complementarias, que van haciendo de la interacción de los elementos de la comunicación ecológica algo indispensable y vital. A saber, estos elementos son los siguientes:

- a) La comunidad se especifica como un lugar natural en donde se lleva a cabo el fenómeno comunicativo.
- b) Se menciona la categorización del hombre como un ser que en sí mismo integra una serie de factores que lo constituyen como indivisible.
- c) Hemos llamado a lo intercambiable de la comunicación bienes de la naturaleza, entendidos estos en dos niveles, el primero participativo, es decir, los bienes no materiales, y el segundo, compartitivo, esto es, los bienes tangibles. En una interrelación dialéctica, ambos tipos de bienes propician una participación comunitaria, esto es, una comunicación que integra ambas formas.
- e) Como realidad tangible y espiritual, la naturaleza es materia, en su totalidad, de la comunicación.
- f) La armonía de esa comunicación vital con la naturaleza -entendiendo al hombre como parte de ella-, es el camino a la estabilidad. Esta categoría se entiende como la dinámica propia de la vida en continuo movimiento. Dicha estabilidad se conforma por una compensación energética de equilibrio y desequilibrio y la comprensión consciente de ello, da pie para sanar la convivencia comunicativa de hombre para con lo global.

Capítulo 2. Metafísica de la Ecología.

Ya establecimos cuáles eran los protagonistas y personajes que están involucrados en la ecología comunicativa. Tenemos ahora otro cuestionamiento consecuente, y es el de poder determinar cuál es el papel del hombre dentro de ese dinamismo, conscientes por cierto, de que un gran número de posturas que tienen que ver con la ecología y el entendimiento del hombre en ella, han pecado más de una vez de un antropocentrismo exagerado, o en su defecto, como sucede con algunas tendencias radicales, con una preponderación de la naturaleza por encima del hombre y no, en ninguno de estos casos, de un verdadero intercambio antihegemónico.

Para esta comprometedora empresa de ubicar al hombre dentro de la naturaleza de una manera justa, hemos encontrado en la filosofía de Martín Heidegger una postura metafísica en donde no solamente están bien definidos los agentes que intervienen en el proceso ecológico, sino que invita a considerar que la intervención del hombre en ello, es verdaderamente importante, no a nivel de dominio, sino de convivencia. Más aún, como se verá adelante, el hombre no puede llegar a su plena realización, si no es precisamente, a partir de su donación y su sabio habitar el mundo, puesto que es en la existencia como el hombre, según el filósofo alemán, encuentra su esencia.

Así pues, nos entusiasma la postura de Heidegger, en tanto que no se limita a observar la objetividad científica como uno de los elementos ciertamente importantes para el análisis ecológico, sino que es atenta a la subjetividad situacional que en las realidades particulares se encuentra el individuo. Tal como lo define el mismo filósofo, el hombre es un ser-ahí en el mundo. Esta terminología que más bien pareciera un juego de palabras, tiene la intención de entender al hombre, es decir al ser-ahí, como alguien que concebimos sin-nombre, esto es, al especificarlo de alguna manera casi impersonal, "ser-ahí", le da al mismo tiempo, la gran oportunidad de irse haciendo conforme su existir se vaya desdoblado, pero no de una manera aislada, sino "ahí", en el

mundo. Esta simple unión de palabras permite solidificar la cohesión de estos dos elementos ya desde ahora inseparables.

Tal como dice Rene Shéerer de esta postura metafísica, "Se abandona definitivamente la filosofía de la ciencia y del conocimiento en el que se presupone de especial actitud teórica y se plantea por la cotidianidad" (SHERER: 1981, 85). Es de notar, que el primer elemento que debemos tomar como punto de partida, es que el hombre pues, se hace en su cotidianidad, se encuentra en ella y desde luego descubre, además de su propia esencia, la del mundo, la de la naturaleza y su forma de convivir con ella.

Sin embargo, estamos conscientes de que hasta ahora no se ha puesto en claro, qué se está entendiendo por mundo, naturaleza, y estas categorías que parecen todavía -a pesar de que a nuestra semántica básica sean claras-, suficientemente definidas. Para descubrir lo que mundo significa para Heidegger fenomenológicamente hablando, habría que decir en primer lugar, que se manifiestan una serie de categorías de los entes que "ante los ojos" son interpretados por el ser-ahí en su interacción. Así el hombre, al moverse, al ir descubriendo su esencia en su cotidianidad, descubre también el movimiento de las cosas, y al verlas en su dinámica, descubre su "ser de cosas", así se edifican y llegan a ser en cuanto tales (HEIDEGGER: 1980).

Se concluye pues, que tanto las cosas del mundo como el ser-ahí se muestran, y es así como se van conociendo. Sin embargo, ambas están en un mismo ámbito. Así dice Heidegger:

¿No muestran ellas (las cosas) 'propriadamente' el mundo en que vivimos?. Quizás muestran en efecto lo que se dice un 'mundo' en forma más perentoria. Sin embargo, también estas cosas son entes "dentro del mundo" (HEIDEGGER: 1980, 77).

El habla como parámetro comunicativo-ecológico.

Llegando a este punto, es cuando se puede empezar a hablar de una fenomenología de la naturaleza, puesto que una vez, ya de manera en principio metafísica, se ha determinado cómo se encuentra la esencia del ser-ahí, y cómo la de las cosas. Con estos elementos en conjunto, puede entenderse cómo sería entendida ontológicamente la naturaleza, es decir, un caso límite en donde los seres posibles son entes intramundanos. Esto significa que todo aquello que se manifiesta en su existencia está inmerso en el mundo que ellos mismos van conformando. Todo esto en suma, es la naturaleza.

Resumiendo, naturaleza es todo aquello que se va manifestando y en su proceso de existir, entra en contacto con los elementos que a su paso van modificando, uniendo y complementando su existencia. Comparemos y complementemos esta aseveración de Heidegger con un texto del mismo autor dirigido más propiamente al habla, pero que ejemplifica con imágenes literarias, este fenómeno de la naturaleza, el mundo y su construcción

Según el fenomenólogo alemán, el hombre tiene la capacidad del habla, y esta a su vez, de hablar.(HEIDEGGER:1987). Esta aparentemente sencilla afirmación, tiene en su profundidad un enorme espacio. Al afirmar que el habla, habla, y esta tiene un hablar superficial o profundo, se refiere así a la capacidad que el hombre puede tener de invocar las cosas del mundo a partir de su expresión. Cuando el hablar del hombre es poético hace referencia a las cosas de una manera sustancial, de esta forma, tal como se dijo, las invoca y estas en consecuencia cosean, es decir, se hacen presentes en la realidad del significado como del actuar y al hacerlo, se congregan con todo aquello con lo que se hace referencia.

El hombre es pues, por así decirlo, un mago de la invocación de la esencia de las cosas (máxime en la poesía), y estas, al encontrarse, al golpearse o al acaricearse unas con otras, es que van haciendo al mundo. Mientras más esencial es el habla del hombre, más capacidad de invocación tiene de aquello cuanto

nombra y por tanto, potencializa la comunicación entre las cosas. Por eso la fuerza de la poesía, por eso la fuerza de la palabra verbal o escrita con honestidad y respeto hacia lo más intrínseco de cada cual (entiéndase por ello todo lo que ya definimos como entes en su existencia). La comunicación así vista, es susceptible de crear un mundo más pleno de sí mismo. Un poeta seguramente lo explique con mayor conocimiento de causa; dice Benjamín Valdivia:

Cultivar sentidos que digan más que las palabras es continuar retando al origen. El lenguaje de diario, el natural, es sacrificado y retorcido a fin de que comunique lo imposible. Y en la poesía lo más aparente es más real y viceversa (...) Más los hombres no quieren excesos, quieren más, quieren ir a la luna porque hasta el planeta es insatisfactorio a sus aspiraciones cósmicas, memorias del estado antiguo que de algún modo se ha de suplir. Entonces habla no para perder el terreno y la procreación (aunque así suceda en consecuencia) sino para desbordar la tierra y la progenie. Habla porque hay algo más que decir, otros mundos que poblar, otras tierras mageneta que conquistar en el país de Oniris. La poesía es un pájaro más allá de las palabras. (VALDIVIA: 1993,12).

Con esta misma metáfora, se puede ejemplificar y entender con mejores y más imágenes, aquello que mencionamos con respecto a la naturaleza y el mundo. La fenomenología de la naturaleza, radica en: la capacidad de encontrar la esencia de las cosas en su existir y la capacidad que estas a su vez, pueden tener de crear el mundo a partir de su correcta invocación. Desde luego que ello no es propio nada más del habla, sino de todo aquello que, como sucedió con la palabra del hombre que propició vida, sucede también con las cosas que por sí mismas, tienen su propia existencia. Recalquemos esta idea. En el caso del habla del hombre, lo que dio vida a la fenomenología del lenguaje, fue la correcta invocación del significado esencial; en el caso de la naturaleza en general, no es la correcta invocación la que hace y provoca la vida, sino la plenitud de vida misma que cada cosa pueda tener con respecto a su correcto existir. Así, tal como sucede con el orden de la gramática y de la lengua, cada palabra tiene su nombre, tiene su lugar y su sentido, y aunque estos sean mutables con el tiempo, el orden mismo no se pierde en tanto que la significación siga siendo referida a lo más profundo del

significado. Asimismo, el orden de la naturaleza, de las cosas intramundanas, del ser-ahí, y de todo aquello que se manifieste en su existencia, tiene un lugar en este cosear inmenso del cosmos. En otras palabras, se trata de un orden hacia adentro y hacia afuera del significado, pero siempre en continuo movimiento, ya que es este el síntoma mismo del cosear y por lo tanto del existir, esto es, de la vida misma.

La Diferencia o el espacio de encuentro.

Una palabra más sobre la comparación fenomenológica de la lengua y el mundo. Para que toda esta trama de cosas que se van interrelacionando entre sí, sea posible, remitiéndonos al caso de la lengua, y para que el significado de las cosas que han sido nombradas puedan convivir entre sí, debe existir en el mundo un "espacio" en donde estas convivan. Tanto en la lengua como en la existencia de las cosas intramundanas, ese espacio para Heidegger se encuentra en la Diferencias de las cosas. Así dice el autor:

¿Dónde luce la pura luz? Sobre el umbral, donde es llevado a término el dolor. El desgarrar de la Diferencia deja relucir la pura luz. Su iluminante juntura libera y dispensa la puesta en claro del mundo y lo que tiene de propio. El desgarrar de la Diferencia libera el mundo en su 'mundear' que concede las cosas. (HEIDEGGER: 1987, 25).

Así pues, en la convivencia propia de las cosas hay un encuentro en medio del cual hay una Diferencia entre las cosas y así, es posible el contacto propicio para mundear correctamente. Al referirse Heidegger al dolor en el texto citado, no debe entenderse este como lo que antropológicamente se entiende por ello, o como una sensación que se produce físicamente hablando. El dolor en este caso, debe entenderse como una consecuencia de la separatividad, tal como lo entendería Fromm, esto es, distancia natural entre los seres y en donde cabe un "silencio". Diferencia también debe entenderse por su parte, no como un fenómeno de inentendibilidad, sino Diferencia en cuanto a esencia. De esta manera queda claro que es la esencia lo que diferencia a cada cosa y estas, a partir de ello están determinadas para ocupar un espacio propio. Se infiere entonces, en el correcto despliegue de las

cosas en su existir, que cada cual, llámense hombres, estrellas, plantas, tienen su Diferencia propia, y en ella es que se complementan.

Asumiendo lo anterior, es posible distinguir que la Diferencia es el camino y la fuerza necesarias para la invocación de las cosas, ¿qué cosas?, la tierra, el cielo, los divinos y los mortales, como clasifica Heidegger al cosmos. De lo que existe, que se distinga de esta clasificación y en esta comunidad del todo, la Diferencia, espejo inequívoco de la identidad propia y la del otro, es el mensajero de la invocación. Como ya se dijo del hablar poético, la claridad y la certeza en el habla provoca el movimiento de aquello cuanto se menciona, pero la cara más delineada de la certeza y la claridad es, una vez más, la Diferencia.

Valgan pues dos valores de la Diferencia como elemento fenomenológico. En primer lugar, su apaciguamiento, en tanto que silencio entre las cosas que se reconocen por sus distinciones confrontadas en la intimidad del encuentro, y en segundo lugar, la capacidad de convocatoria al ser el centro mismo de la invocación, cuando el silencio es tal que resuena en el acceso al ser. Las implicaciones ecológicas de lo anterior son determinantes. En el mundear de las cosas intramundanas, entiéndanse de nuevo los cuatro ya poéticamente mencionados (la tierra, el cielo, los divinos y los mortales), se van conociendo en primer término, a partir de su existencia y después, de su descubrimiento en las diferencias. Así, mientras que el ser-ahí se muestra, poetiza, se estira, comunica y ama, invoca de estas y mil maneras más a quienes le circundan. En ese convivir mundeando, las esencias toman acomodo en donde reconozcan su espacio, inventan su tiempo y cada cual se expresa en su momento. El hombre en el cosmos, se ecologiza conviviendo, poetizando su existencia e identificándose en la diferencia.

Apertura, disposición comunicativa ecológica.

Lo propio del hombre sería entenderse dentro de este conjunto de movimientos, y al ser su esencia algo "arrojado al mundo", asumir su condición y su gran vocación de conocer todo cuanto se mueve. El ser-ahí, se encuentra en el mundo y no fuera de él, no es distinto a él, pero tiende a saber sus Diferencias. Es este, un punto que nos concierne de manera especial: el papel del hombre en el mundo y la naturaleza. Hemos dicho más arriba, que el ser-ahí sólo puede conocer su esencia a partir de su existir y en ese existir, se muestra al mundo y conoce las cosas que "ante los ojos" se le muestran. Sin embargo, la existencia, para que pueda considerarse como verdaderamente un fenómeno de involucración vital, debe cumplir con ciertas cualidades que le dan facultad para convivir y cosear en el mundo según su naturaleza.

A la actitud de repliegue ante el mundo del ser-ahí, Heidegger le llama reducción reflexiva, esto es, una desconexión parcial con el mundo y su estructura. Cuando prevalece la reducción reflexiva, la angustia ha sido más fuerte que la voluntad. Se trata aquí de la angustia existencial. Mostrar el rostro desnudo es inseguro. Nadie sabe a ciencia cierta, qué le espera del otro lado de la existencia, y sin embargo, ya se dijo, es la única forma de acceder a mi propia esencia. En esto se resume gran parte del drama humano; para alcanzar la luz, hay que pasar por la noche oscura de la angustia, enfrentarse a la soledad en donde los andamios y bastones han quedado vencidos para dar lugar al sonido puro de los pasos andados. El valor de este existencialismo, es el de haber descubierto el sentido vital de la angustia. Quien no la descubre, quien queda asido a los fantasmas, quien se repliega en una reducción reflexiva, pierde la escena del mundo y su movimiento, incluyendo el propio. La ecología comunicativa se ve mermada por el miedo.

La apertura en cambio, es propiamente una trascendencia. En este estado de abierto, el hombre muestra su verdadero rostro. Imagino ante esta idea, un juego de máscaras en donde el actor, disfrazado, se muestra ante un público que si bien le ve ante sus ojos, no le conoce. Al despojarse de la máscara, el actor ya no es

quien se oculta en una personalidad ficticia, sino que ha arrojado su rostro a la luz y la mirada de los otros. En el estado de abierto no hay máscaras, queda atrás la angustia y el miedo de verse expuesto, y se antepone el valor y la alegría de mostrarse en movimiento. El estado de abierto no es una misión genérica, sino, antes, una consigna personal puesto que el ser-ahí es individual e irrepetible. El rostro que cada quien pudiera mostrar será un evento diferente al mundo en cada ocasión; la inhibición de este hecho concluirá inevitablemente en detrimento del mundo y su correcto devenir, siendo que esta mostración del rostro real es una actitud cotidiana que el ser-ahí deberá mantener en alto, así como lo hacen todos aquellos seres que no requieren de máscara alguna para convivir con él.

Al abrir el hombre su existencia al mundo, abre también los ojos ante las cosas que ante él se encuentran, y se descubre en ellas. Este "ver" es la gran capacidad y la gran misión que el hombre, lo subrayamos, tiene ante el mundo.

El ser-ahí se encuentra en el mundo y no fuera de él, no hay distinción pero sí capacidad de conocer" y "a los entes naturales sólo puede descubrirlos el 'ser-ahí' en un modo determinado de su ser en el mundo (HEIDEGGER: 1980, 78).

Este "modo determinado", es precisamente la condición de abierto que el ser-ahí debe mantener como continuidad en la conciencia y el conocimiento.

En resumen:

- La ecología comunicativa debe valerse sobre todo de una metafísica que ayude a imaginar el ser de las cosas. La convivencia propia de ellas y las condiciones indispensables para que el mundo exista de manera entendida, unida entre sí.

- El mundo, la naturaleza, los "cuatro" de Heidegger (la tierra, el cielo, los divinos y los mortales), van coseando y en su movimiento, haciendo al mundo. Es su existencia la que descubre su esencia.

- El ser-ahí, participa profundamente poetizando. Su hablar y su existir todo, en tanto que roce los sobresignificados de los seres en el mundo, los invoca.

- Es en la Diferencia, como cada cual se enfrenta al otro; se produce entonces un silencio en donde se distinguen, y un grito de convocación.

- El hombre tiene una misión especial dentro de tal fenomenología, en lo cual destaca su capacidad de conciencia y conocimiento. Para que esta misión sea felizmente realizada es indispensable un estado de abierto ante el mundo, saberse exponerse ante él en la existencia y asimismo, ver y reconocer al mundo.

Capítulo 3. El conocimiento como contacto posible.

Son muchos los destinos y las metas humanas, tantas quizás como individuos han existido, pero es menester encontrar las que genéricamente determinen el movimiento y las directrices que orientan al hombre. La compañía de Heidegger nos ha llevado a contemplar el panorama fenomenológico y ver, hasta donde es posible, el inmenso mar construido de combinaciones dialécticas que entretejen al mundo. En dichas aguas navega el hombre improvisando a veces, planeando otras, pero siempre buscando su mostración y su esencia en el existir. La interacción entre los seres intramundanos aparenta azar, eventualidad y hasta desorden y caos; lo cierto es que hay regulación y pretensión de armonía, la ecología no es otra cosa. Los seres se dan y se reciben mutuamente y en ese gran murmullo comunicativo, el resultado es la subsistencia. ¿Cuántas son esas reglas ordenadoras? ¿Son inmutables? ¿Hay algún gran ordenador que dicta y jerarquiza? ¿Qué es pues la unidad que tanto pretende el fin último de la comunicación?. Esas preguntas han tenido mil formas y mil respuestas en la historia de la ciencia y del conocimiento humano, no se pretende aquí resumir ni decretar, pero sí tocar la punta de la hebra que algunos han encontrado para darle al hombre algo con que jugar. Desde el "inicio" esa hebra fue la manzana de la

discordia: el conocimiento.

Lo menciono una vez más, Heidegger nos ha mostrado la situación propia que al ser-ahí le corresponde en el prisma del mundo, le ha adjudicado incluso un la misión de darle forma y canal a su propia angustia para convertirla en un estar abierto y comunicativo con el resto. Esto es, tenemos hasta aquí las coordenadas capaces de determinar con cierta claridad, la identidad metafísica del hombre y por así decirlo, una invitación: la de mostrarse al mundo creando comunidad abierta y por lo tanto, ecológicamente dadivosa. Pero no son claros todavía un cómo y un cuánto al momento de implementar. Encontré un respuesta posible en la ciencia cognoscitiva. Aquí está.

Lonergan y el conocimiento de experiencia.

Las estructuras cognoscitivas del individuo y su comunidad, son el resultado directo de su real habitar el mundo y su coyuntura histórica. Es difícil evitar la pregunta sobre ¿será la estructura cognoscitiva del hombre un reflejo en pequeña escala de la estructura misma de la ordenación total?. Sólo existe, en mi caso, una parte de la respuesta, y es que el hombre mismo es parte de ese gran fenómeno llamado cosmos, y que es a partir del conocimiento como se percata, me percató de ello.

Percatarse no es suficiente, eso dice Lonergan, hace falta percatarme de que me percató. Entonces entramos a los niveles últimos del conocimiento. Entramos a la autoapropiación. Nos encontramos a nosotros mismos (PÉREZ VALERA: 1991), nos sorprendemos conociendo. Si es el conocimiento la puerta de acceso del hombre para con las cosas que constituyen el mundo y que se le presentan ante los ojos, el dominio de ese mismo proceso será la correcta realización de su habitarlo.

Autoapropiación es la perfecta estructuración que denomina al acto del verdadero conocer mi propio proceso. De otra manera; si el conocer fuera un proceso idéntico en todos los hombres, bastaría un sólo libro que en lo general le diera

explicación. Pero si bien el ser universal es omnicomprendido, no puede olvidarse lo concreto, la experiencia particular de cada inteligencia.

Comunicación y Conocimiento, primeros contactos.

¿Dónde se encuentra la intersección entre el conocimiento y la comunicación? Prácticamente en ningún lado, en tanto que son prácticamente lo mismo. Si bien diferenciamos ya dos niveles de comunicación, uno compartitivo y el otro participativo, nos referimos por ahora a este último. Así pues, entre la dimensión participativa del fenómeno comunicativo y el conocimiento, existe una identificación definitiva. La descripción que a continuación nos ocupará sobre lo que consideramos un proceso cognoscitivo, pretende esclarecer esta similitud.

Valga para iniciar este discurso, el recordatorio sobre la importancia de la comunicación como la vía posible y suficiente para la subsistencia comunitaria. En lo cotidiano, la médula de la existencia apoya su peso específico. Ahí se dan y se intercambian bienes participativos como un enorme mercado diario de ideas, sentimientos, significados, ánimos, etc. Los espíritus de los hombres entre sí y con la naturaleza toda, viven de ello. Sin el conocimiento esto sería imposible. Así como sin la comunidad, no existiría el lugar o el "mercado" aquel en donde realizar dichos intercambios, sin el conocimiento simplemente no habría posibilidad de contenidos. Sería un mercado de ciegos que en torres de Babel, tantas como participantes hubiera, buscarían en vano encontrar sus miradas. El paso y el logro primero ha sido el sentido común. Con él como sostén y base, se mantienen en equilibrio las relaciones sociales de todo tipo, sean económicas, políticas o culturales. Enormes estructuras de relación van entretegiéndose a partir del sentido común. Las "cosas" obtienen una identidad y un primer significado. En términos cognoscitivos de Lonergan (PEREZ VALERA: 1992), se entiende tal existencia de la cosa, en términos del: ya, afuera, ahí, ahora, real. Muy similar a las referencias Heideggerianas en su referencia de los seres intramundanos.

Cómo primer referente cognoscitivo, el sentido común es indispensable para determinar una estructura básica, si no la única, sí crucial para las relaciones primarias del hombre y su comunicación. Pero el habitar del ser-ahí, como lo cantó ya Hölderlin, es mas bien poético, y como lo recitó Lonergan, es también inteligente. La inmediatez existencial -que sí existe y es la forma cotidiana de muchas vidas humanas- se percata de lo más próximo y evidente, pero nada más. Empero, muchas manifestaciones de trascendencia cultural nos indican que no es la única forma de existencia. La presencia humana en el mundo a nivel de inteligencia y sensibilidad, permite creer en que el mismo entorno y sus sistemas ecológicos, también están determinados en algún grado, para bien o para mal, de los "chispazos" de la inteligencia, sea del individuo, sea de la comunidad. Una idea poética del artista tiene fenomenológicamente repercusiones ecológicas, así como lo pudiera tener una guerra. La oración de Gandhi puede mover el entorno de las significaciones, como puede suceder, en diferente medida, claro está, la Guerra Santa. Ambas fenómenos de comunicación, son resultados de procesos superiores de conocimiento; juzgarlos es materia de especialistas, al comunicólogo tocaría entre otras cosas, determinar el equilibrio comunicativo que ello ha fomentado.

Hasta donde dejamos a Heidegger, concluíamos la importancia de la existencia y el estado de abierto indispensable para la comunicación. Pero al vertir esto en un nuevo campo como el cognoscitivo, la puerta se abre enseñando así las posibilidades hacia el mundo del significado comprometido. Si bien puede entenderse este término con connotaciones morales, hallamos que el conocimiento parece incluir muchas más cosas que la mera racionalización y el entendimiento. Un conocimiento profundo lleva consigo a todo el hombre en su integralidad, característica mencionada por su importancia en el primer capítulo. Resulta de ello, pensar pues que la comunicación al entenderse como un acto de conocimiento profundo entre todos los seres, es igualmente abarcante. La categoría propia para definir tal involucración cognoscitiva, es propuesta por Lonergan en términos de autoapropiación.

Es menester algunos "cómos" que finalmente sean concretos para dar seguimiento a la posición que pugna por un hombre abierto ante el mundo. Si la promesa de Heidegger es la de encontrar al hombre conviviendo con su esencia por delante con toda aquello que se le muestra ante los ojos, es menester vital y por tanto entusiasmante, vislumbrar modos propicios para el caso. Tal parece que al descubrir la forma de cómo el ser-ahí operativice y ejecute dicha apertura, el lugar que debiera ocupar ecológicamente estaría hallado.

Al final de toda discusión sobre el habitar del hombre, queda siempre el aroma de lo cognoscitivo. Entendiendo esta facultad como algo muchos más completo que la simple tipificación racionalista. Por el contrario, se comprende al conocimiento como una involucración integral del hombre en su multidimensionalidad involucrada a un tiempo. Conocer no es únicamente pensar, es vivir y experimentar. Para conocer en esta dimensión, hay muchas formas, tantas como individuos han caminado por el mundo; empero, el conocer humano posee denominadores comunes y aún más, tiene consecuencias universales. Desde la creación de la ética hasta el último satélite artificial, la inteligencia del ser humano se concretiza en derivaciones que contribuyen a un habitar distinto. El entorno pues, se nota herido o acariciado por los actos del conocimiento humano. Es un juego de dependencias, la naturaleza y el hombre se comunican conociéndose en movimiento. Y más que dos ciegos que se interrelacionan, nos miramos a los ojos y cercioramos nuestras mutuas pulsaciones, sabiendo que en su subsistencia está la nuestra. Ante la "macro huella" del hombre en su entorno, existe la intuición de inmensidades desconocidas. Jaleos y efectos, causas y mundos no entendidos, dejan pendiente el grito de triunfo de la humanidad sobre la naturaleza. Tal parece que no es una lucha, sino un mutuo dominio, o una mutua liberación.

Sin embargo, ¿cómo determinar ante la magnitud de la realidad por conocer, quién dice verdades y hacia a dónde se debe caminar?. La cultura del conocimiento aquí propuesta, no acepta ya una directriz normativa, sino más bien empírica (PEREZ VALERA: 1991) Esto es, que en una ordenación acorde a los movimientos y ritmos de la ecología comunicativa, su equilibrio e intercambios de

bienes donados, entregados generosamente con el sello de la significación y con la contundencia de lo corporeo, no descubrimos al final -tentación es- una idea normadora, sino la intersubjetividad que nace del movimiento irrepitable y espontáneo de la experiencia empírica. De eso está hecho el mundo: invocaciones y evocaciones capaces de hacer un día, la cara opuesta del anterior, sea en aspectos políticos, económicos, casualidades cotidianas o mensajes comunes. De este aparente desorden se viste el bien común y más todavía, se instrumenta de él. Adelante hablaremos de sistemas. Ahora interesan las entidades y las identidades. Imagino a un ser-ahí, pensante y preocupado por encontrar lugar y camino. Todos somos ese. Visto desde lejos, se nota solo pero rodeado de vida, dispuesto a donarse, pero con la fascinación de la duda. La inquietud se resume en un "deseo irrestricto de saber". Eh ahí el lugar primero y metafísico del hombre. Un primer eslabón para convertirse en un espíritu y un cuerpo abiertos. La duda tiene sin embargo, un instrumento: el conocimiento.

Como nuevo sujeto de estudio, se impone una cualificación del conocimiento y los atributos que hacen posible su convergencia con el cosmos en general. Determinamos esencialmente dos atributos de la inteligencia cognitiva: lo universal y lo concreto. De lo primero, la inteligencia crea aquella infinita disposición de abarcarlo todo, de contemplarlo todo, de quererlo todo. La omnicomprensión de la inteligencia es un molde flexible y perfecto del cosmos mismo. Si bien no lo conozco todo, mi pretensión, anhelo siempre incanzable, es hacerlo puesto que todo es susceptible de cierto conocimiento. Del segundo atributo, el concreto, rescato las diferencias y por tanto, como ya dijera Heidegger, la posibilidad de convivencia entre cada cual en tanto que atribuciones individuales e irrepitibles por sus diferencias

Descubrir estas facultades en los actos inteligentes del hombre, es la fundamentación ontológica suficiente para buscar una ciencia más interdisciplinaria, siento que tanto el ser como el conocimiento empatan tales atributos. El deseo irrestricto de saber, tiene ante la mirada un ser universal y concreto dispuesto a ser conocido por una inteligencia universal y concreta. En este

enfrentamiento, el devenir es la pauta; lo que se muestra y lo que es en realidad está en una permanente tensión cognoscitiva. Lo que ya se ha conocido, participa y comparte el mismo río de interminable movimiento, el conocimiento es la barca que debe darle alcance. Pero en la existencia, esto es, la explosión de lo posible, se esclarece la esencia tanto del conocido como del conocedor. No hay duda por tanto, de que el conocimiento y su objeto, en continua convivencia, tienen que empezar siempre de nuevo. Los ciclos de la comunicación ecológica son espiral, no circunferencia.

Autoapropiación, catalizador cognoscitivo.

Al hombre le queda mejor, conocerse a sí mismo. Dicho lo cual, entramos en la materia central del conocimiento.

El hombre que conoce, se ha encontrado ya un mundo cognoscible pero cambiante, con objetos aprehendidos por su inteligencia, pero con más preguntas que respuestas. La tarea de conocer para comunicar aún no termina, y todavía más, parece nunca finalizar en tanto que devenir son sujeto y objeto encontrados. Sin embargo, la fórmula no pierde por ello su vigencia: conocer para convivir; convivir para conocer. Tal parece la esencia de la comunicación ecológica. Sobre la convivencia se han sugerido plataformas: la comunidad como campo fértil; la estabilidad y la equidad entre bienes intangibles y materiales; la vivencia poética como principio de invocación y evocación fenomenológica; el estado de abierto en la existencia. Pero sobre el conocimiento, falta aún mayor cimentación, un cómo conocer mejor para convivir más y viceversa.

Encuentro una primera respuesta en la categoría de la autoapropiación propuesta por Lonergan. Pareciera este término un pleonasma filosófico, pero resulta todo lo contrario. Para delimitar la identidad de la autoapropiación, habríamos de entender al conocimiento como un proceso que para su estudio, Lonergan ha dividido en varias etapas: experiencia, entendimiento, juicio, decisión, expresión. Cada una de estas etapas es

indispensable para un conocimiento cabal. No es la enumeración de ellas la aportación sustancial del filósofo canadiense, cuanto su compromiso con cada una; y más todavía, el descubrir que tal compromiso se vincula estrechamente con un estado de conciencia elevado. Empezamos a hablar del hombre más allá de la inmediatez.

Conócete a tí mismo. Sobra recordar el peso que dicha frase tuvo en tiempos clásicos. Pero es retomada ahora y se convierte en fundamento humanista. Se trata pues, de indicar que es a partir del conocimiento que el hombre posibilita su convivencia con el cosmos en un estado de abierto. Bien, pues un paso seguro para que ello suceda, es conocer la propia forma de conocer. Enumerados ya los momentos del acto cognoscitivo a grandes rasgos, el resto es observarlos con detenimiento y poseerlos como quien sabe de qué es capaz y/o de qué podría serlo. Para eso sirve la autoapropiación; esa es su utilidad formal.

Más detalladamente. El intercambio comunicativo de bienes materiales e intangibles, es un remolino cotidiano de posibilidades de relación. Sin embargo, tal posibilidad no podrá convertirse en acto si no es a partir de la puerta cognoscitiva. De tal suerte que, por ejemplo, tenemos el caso concreto de una mujer a la cual le es obsequiado un libro como muestra de afecto. El recorrido cognoscitivo del hecho, sería más o menos como sigue: dicha mujer, tiene la experiencia de recibir un libro dedicado, muestra de afecto y respeto a su inteligencia. La experiencia es vivida fisiológicamente y sus sentidos acusan un momento sensiblemente agradable. Un bien material se ha comunicado de un ser a otro pretendiendo también un significado. Hay departición. La experiencia del regalo y aun del afecto, es entendida por la mujer, siendo que las imágenes simbólicas de sus experiencias anteriores le permiten decodificar y recibir aquel regalo. Entiende y sonrío. Ahora la información recibida y el libro mismo, son materia de su uso particular, puede hacer con ese bien material y con esa información lo que le plazca -tanto la información del hecho como la que el libro posee-. Tal información inicia un camino interior de vivencia cognoscitiva. Según la axiología y los

esquemas mentales de la mujer, esta, habiendo recibido el libro y disfrutado su literatura, juzgará el acto acaecido de alguna forma determinada. Su posición del hecho tendrá ante su visión de la realidad un valor determinado a partir del cual, decidirá acciones consecuentes. Una, por ejemplo, frecuentar literariamente más al autor de dicho libro -y quizás al proveedor de él-. Finalmente, este recorrido cognoscitivo tendrá una o muchas formas de expresión, una vez que la vivencia física e inteligente ha repercutido y fomentado un nuevo capital económico y de significado. Se ha dado una comunicación completa; desde luego, este mismo fenómeno pudo haberse dado entre la mujer y una tarde que le regala lluvia. "...la autoapropiación significa que hay que entendernos a nosotros mismos (...) y, sobre todo, que por propia convicción nos demos cuenta que el chispazo inteligente no es una sensación diluida" (PÉREZ VALERA: 1992).

¿En qué parte del camino cognoscitivo nació o se quedó la autoapropiación?. En cada uno hizo ambas cosas. Si la mujer del ejemplo tuvo suficiente conciencia de lo comunicado, habrá experimentado, o mejor, habrá "observado" su propia forma de conocer. Si la mujer del ejemplo tuvo suficiente conciencia de lo comunicado, habrá vivido comprometidamente y sin letargos la experiencia de saberse sensible y pensante. Su entendimiento habrá sido suficiente y bien codificado; controló las dudas posibles; su juicio y su decisión habrán sido actos de voluntad libres, consecuencia de aquella interiorización, de sus propias sensaciones y pensamientos; finalmente, su expresión habrá de ser un acto de honesta respuesta a su vivencia conciente. El estado de abierto tuvo una puerta posible y un camino propio. Así, la conciencia yergue su presencia como el catalizador apropiado que dictamina velocidades, pesos y movimientos la tan pretendida e estabilidad comunicativo-ecológica. ¿La conciencia humana entonces lo ordena todo? No, puesto que no lo abarca todo, si una conciencia lo abarcara todo, podría sospecharse ello. Por lo pronto a donde puede llegar el ser-ahí con el uso autoapropiado de su conocimiento, es a saber cuál es su lugar y cómo exponerse abiertamente a él... que ya es bastante.

En resumen:

- La posibilidad metafísica del hombre realmente vivo, es el estado de abierto que requiere a su vez un método.
- El conocimiento es un camino propio del ser humano que involucra su ser integral. Es universal y concreto, como lo debiera ser la ciencia actual.
- En el conocimiento, la naturaleza y el hombre descubren su mutua liberación y dependencia.
- La mejor utilización del conocimiento, inicia en un “conócete a tí mismo”.
- La autoapropiación es el modo consciente de “observar” el acto cognoscitivo en cada uno de sus momentos (experiencia, entendimiento, juicio, decisión, expresión).
- Al observar su vivencia cognoscitiva, el hombre va controlando su capacidad comunicativa y estabilizando su relación con el mundo.

Capítulo 4. Cosmópolis, sociedad comunicativa-ecológica.

Pienso que la ciencia sin un grado mínimo de utopía, es observación sin mayor esperanza, objetivización sin parpadeos de sueño. Cuando la añoranza pesa más que la realidad, entonces se torna en esquizofrenia, espero no sea este el caso.

En fin, que la Cosmópolis, es el lugar ideal donde la conciencia florece y el conocimiento da la pauta para ser la presencia del hombre en el cosmos, una realidad abierta a la existencia y por medio de la cual, su esencia se asoma para su bien-estar en el mundo, al cual reconoce y se relaciona en una dialéctica armoniosa. En este lugar de proporciones aún ficticias, el ser-ahí va creando comunidad a diario, potencializando el movimiento en el cual todo está inmerso y permite la evolución vital que fenomenológicamente incluye cuerpos y significados. Invocaciones y vivencias poéticas y esenciales. En una comunidad tal, la estabilidad comunicativo-ecológica, es el motor y la consecuencia de la dinámica común. A partir de una serie de equilibrios-desequilibrios, el hombre permite un adecuado fluir de los ritmos vitales y fatales, a los cuales entiende, permite y fomenta con la facultad superior de la autoapropiación o la conciencia del conocimiento. Esa es y ahí se muestra la Cosmópolis, lugar no existente aún, a veces vislumbrado y pocas realizado sólo en atisbos de iluminaciones históricas. Pero, es menester reconocerlo, no aparece aún en el mapa.

Desde la concepción lonerganiana, la Cosmópolis es el lugar propio para quienes son capaces de dialogar sin evaciones y a partir del desarrollo de su autoapropiación. Por extensión y según las consecuencias comunicativas-ecológicas que le atribuimos a una sociedad cognoscitiva más avanzada, es que la cosmópolis se conforma del todo lo anterior. De manera que los estados de conciencia autoapropiados y transpolados al ámbito social, habrían de fomentar aspectos tan aparentemente alejados a la ciencia comunicológica como la justicia distributiva, pretendida por la comunicación ecológica. Cuando se habla de un diálogo sin

evasiones, estamos señalando aquellos obstáculos capaces de impedir un equilibrio entre el bien común y la intersubjetividad; esto es, en términos filosóficos, una ética y una bioética derivadas de una sociedad estructuralmente autoapropiada. Sería indispensable para ello, una experiencia de subjetividad bien definida capaz de dar el espacio necesario para el autoconocimiento. Esa subjetividad se encontraría pronto con muchas otras que convivirían espontáneamente en sistemas inteligentes, prácticos y tolerantes ante la pluralidad. En estos términos de mutua cognición, el resultado sería una cultura de expresión libre y generosa. El recorrido a lo cultural -conjunto de fenómenos dependientes y evolutivos- requerirían del fomento educativo de habilidades diversas, por ejemplo las intelectuales (adaptación a lo cognoscible); volitivos (libertad de ejercer); técnicos (manejo adecuado de instrumentos); y más estructuralmente, sistemas de administración del bien común. Empero, para que toda esta infraestructura cultural existiera, sería indispensable un intercambio comunicativo-ecológico que inspirado en sus posibilidades de donación, trascendiera el fracaso y la vanidad.

Falta algo. Quizás responder ¿por qué la autoapropiación del conocimiento parece resolverlo todo? ¿la observación del proceso cognoscitivo propicia per se la honestidad y/o la ética para con la naturaleza? En su momento señalamos la trascendencia del conocimiento propio como "catapulta" para conocimientos más generales. También recordamos la utilidad de la autoapropiación en tanto que posibilidad de exponerse ante el mundo y lograr la apertura ya muchas veces referida. Sin embargo, la consecuencia fundamental para resolver la pregunta anterior, Lonergan la categoriza en términos de conversión.

La conversión es "el cambio de horizonte a partir de tomar nuevas posturas, consecuentes de una autoapropiación. Lo esencial de la conversión pues, está en entender qué es entender" (PÉREZ VALERA: 1992, 244). Esta conversión intelectual se sustenta a mi manera de ver, en la palabra nuevas. Si el mundo es continuo devenir, la unificación explicativa entre el sujeto conocido y quien lo conoce, sólo existe en la continua rectificación del rumbo y los "nuevos horizontes", en la contemplación

constante del proceso mismo de cognición, y las facultades sintético a priori de los chispazos cognoscitivos; sintéticos en tanto que organizan o añaden para una correcta unificación explicativa; y a priori porque pertenece al sujeto en cuanto tal. En otros términos, es la capacidad de conocer la verdad que entrelaza al significado con lo que significa; de la realidad y su interpretación y finalmente, de la estructura misma del conocimiento. Toda esta organización y unificación posible en innumerables campos del saber, culmina necesariamente en alguna afirmación metafísica, solidificando así la posibilidad real de una metafísica de la ciencia. De esta reflexión, vislumbro un camino posible a la interdisciplinariedad en la comunicación y de un conocimiento global verdadero y ecológico. Más que verdades universales, procesos vitales y cognoscitivos que constantemente concientes de sí mismo y de sus objetos de cognición, arrojen luz a la razón y al espíritu.

Los habitantes de la Cosmópolis no deben ser cerebros ambulantes. También sienten, se animan, se disponen, sueñan y sobre todo, imaginan. Son sujetos asimismo de una conversión intelectual, pero también psicológica, consecuencia igualmente de la autoapropiación. Esta última, no puede ir -si es que es puerta abierta y aire- en detrimento de la creatividad o la imaginación. Ciertamente es que la autoapropiación tiene la utilidad de eficientar los procesos de conocimiento, pero no debe entenderse por ello como sinónimo de racionalidad insensible. Así, la conversión psicológica se ubica en cada paso del proceso cognoscitivo alimentando de sensores oníricos, canalizando afectos, espantando "fantasmas" de diversos tipos y procedencias; pero especialmente se encuentra en la experiencia y la imaginación. En cuanto a la primera, podríamos entenderla como la posibilidad de la autotrascendencia. El proceso de intercambio comunicativo-ecológico, requiere de un estado de ánimo (del alma), que valla más allá del miedo a la existencia y todo aquello que al ser le impiden estar ahí -retomando a Heidegger y sus genialidades semánticas-. Esto es, estar dispuesto a que el alma valla más lejos que uno mismo (trascendencia) en pro de la comunicación. Siendo que el proceso cognoscitivo inicia en la experiencia, debemos entender que este momento no se reduce a la captación sensible, sino también a la capacidad psíquica y disposición para ello.

En segundo lugar, la conversión psicológica trastoca el ámbito de la imaginación, elemento indispensable en el proceso cognoscitivo. Sin la imaginación, la decodificación del significado es imposible. Como un remero que pasa las palabras o cualquier otro tipo de información, la imagen cognoscitiva lleva los conceptos de la experiencia hacia el entendimiento. Cada idea que es entendida, ha requerido una imagen clara que traduzca en códigos aprendidos ya por quien conoce. Ejemplo; decir circunferencia es proponer una experiencia de conocimiento. Para que la inteligencia pueda captar el mensaje propuesto, es menester que la circunferencia obtenga una forma imaginaria (imagen) por medio de la cual haga posible el entendimiento. En este momento, al decir circunferencia, imaginas cualquier forma, la que más cercana tengas para decodificar la palabra y captas pues, lo dicho; pudo haber sido una rueda de carreta, una línea pintada en el pizarrón, la O de Oniris, el diámetro de la Tierra o cualquiera de las mil formas una circunferencia pueda ocupar en la imaginación. Cada forma imaginada tiene a su vez un significado aprendido; puede ser el de un problema que circunda sin fin, o la perfección absoluta de Pitágoras; no importa, la circunferencia ya juega en la mente.

Bien, pues la imaginación es el agente posible para crear la Comópolis o los mundos que la verdadera comunicación proponga. Mientras la imaginación sea más poderosa, la cantidad de mundos posibles y su cualidad es proporcionalmente grande. ¿Qué papel juega pues la imaginación en la Cosmópolis?. La misma que al visionario le hace profetizar, la que al poeta le permite tocar el centro, la que al político le da facultad para dirigir con certeza. En una sociedad ecológicamente comunicada, la imaginación permite visualizar al ser, diseñar comunidades propicias, entender el momento justo del equilibrio o del desequilibrio, aprehender la propia conciencia y seguir soñando nuevos espacios para el cuerpo y el espíritu.

Conclusión.

Nada de lo anteriormente dicho podrá ser comunicable y conocido cabalmente, en tanto que no se corrobore en la experiencia consciente de quien lo lee y escribe.

Notas.

(1) Lo que en realidad se critica, es la cientificidad dogmática y absolutista que pretende no sólo conocer sino dominar la realidad.

Bibliografía.

- CLAUDIN, Víctor (1986). Diccionario General de la Comunicación. Ed. Mitre, Barcelona.
- BRUGGER, Walter (1975). Diccionario de Filosofía. Ed. Herder.
- GALINDO, Jesús (1995). POLITICA, CULTURA Y COMUNICACION. Para una percepción de mundos posibles en el espacio social mexicano. Cuadernos de MASS Culturas. Universidad Iberoamericana, León.
- HEIDEGGER, Martin (1980). El Ser y el Tiempo. FCE. México
- HEIDEGGER, Martin (1987). De Camino al Habla. Ed. Codos. Madrid.
- ORTOLANI, Valerio (1984). Personalidad Ecológica. Universidad Iberoamericana. México.
- PAOLI, Antonio (1983). Comunicación. EDICOL. México.
- PÉREZ Valera, José (1991). Filosofía y Método de Bernard Lonergan. Ed. Jus. México.
- PÉREZ Valera, José (1983). El Método Cognoscitivo en Berbard Lonergan. Universidad Iberoamericana.
- PLATON (1987). La República. (Libro VII). FCE. México.
- SHERER, Rene (1981). Heidegger o la Experiencia del Pensamiento. EDAF. Madrid.
- VALDIVIA, Benjamín (1993). Indagación de lo Poético. Fondo de Cultura Tierra Adentro. México.